



Místicos y poetas

El esplendor de la poesía lírica religiosa

SIGLO XVI

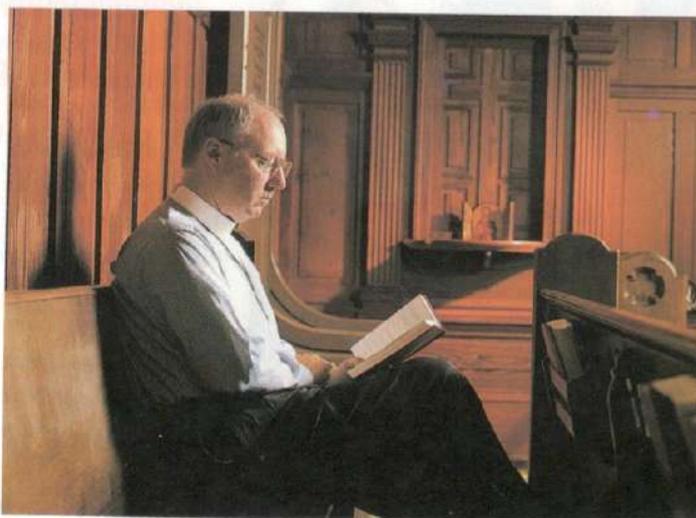
La oración

Uno de los contenidos presentes en la poesía religiosa de todos los tiempos es la oración, y el texto *Cántica* de **Jorge de Montemayor** (1520-1561), que a continuación se muestra, sirve como ejemplo perfecto. El hombre alimenta su vida mediante la oración porque es consciente de su naturaleza humana. No le basta con percibir sus límites, sino que necesita creer en que puede alcanzar una mayor perfección. Eso sí, nunca por sí mismo, sino con la ayuda del único ser perfecto, Dios. El hombre mira hacia

el cielo, y clama a su señor, pero no con culpa, sino con el reconocimiento de la imposibilidad de la gracia de un corazón que está unido a la materia corporal y, por tanto, todavía es gobernado por sus leyes. Como ejemplo de ello, podemos encontrar el texto siguiente:

Cría en mí, Señor,
 corazón limpio, /
 y espíritu derecho
 renueva en mis entrañas. /
 En mí cría, Señor,
 corazón limpio, /
 pues me desamparó
 el que yo tenía; /
 de su salud
 está muy olvidado, /
 sin camino se anda y
 sin provecho. /
 Salido es de su tierra,
 y peregrino /
 se anda en vanidades,
 como loco; /
 llamele, y nunca
 quiso responderme, /
 que sus pecados propios
 le vendieron (...)

En él, el hombre reconoce la materia de la que está fabricado y la limitación que no puede superar por sí mismo. No es de extrañar,



Lo primero que aparece cuando se busca a Dios es la conciencia de una pérdida, pero no definitiva

por tanto, que el poema comienza con un imperativo de petición mediante el que el escritor reconoce su filiación respecto a Dios, y a éste como padre "creador" y madre "criadora". El hombre se siente desamparado por su propio corazón, por un órgano que olvida su propia salud, la que deriva de la limpieza de sus sentimientos. Así, la poesía se vuelve canto a la humildad necesaria, entonación de la propia percepción de los límites de nuestras fuerzas y súplica de la fortaleza del Señor.

Jorge de Montemayor desglosa, según avanza el texto, el contenido de su petición: "Pues cría en mí, Señor, corazón nuevo, / corazón limpio, manso y muy humilde, / pacífico, benigno y piadoso, / que al prójimo no haga mal ni diga, / no vuelva por mal como solía, / mas cumpla rectamente tu precepto". Limpieza, mansedumbre y humildad, junto a la piedad la paz y la capacidad de perdón son las peticiones de un hombre-poeta que suplica su propio bien y, por tanto, insiste en que "sobre cuantos hay, ame a ti solo, / de ti piense continuo y de ti hable, / y gracias te dé siempre por tus obras, / en los himnos y cantos se deleite".

Pérdida y encuentro

Sin duda una de las poesías más hermosas de toda la historia de la literatura universal es el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz (1542-1591). En ella se habla de la pérdida, la búsqueda y el encuentro de Dios en el alma del creyente. Por su polifonía significativa y su capacidad de comunicar la belleza de la entrega de Dios al hom-

bre de todos los tiempos, ha sido éste un texto del que se han realizado los más diversos análisis y desde las más variadas perspectivas. Y todavía hoy se nos muestra como un hontanar profundo que no deja de manar nuevos sentidos a cada lector que se acerca a él.

El Dios que se columbra entre sus versos se va modificando al tiempo que el alma del poeta se va acercando a su encuentro. Es un Dios que adopta el rostro por antonomasia del amor, de aquí que en la primera estrofa sea invocado y nominado como "Amado". Un amado que huye y que incita al hombre, loco ya de amor por haber sido rozado por su lumbre, a que lo busque. Un Dios que hace que el hombre salga de sí mismo, de su propia identidad para ir hacia su encuentro a través de una naturaleza cargada de señales:



Adónde te escondiste. /
Amado, y me dejaste
con gemido? /
Como el ciervo huiste, /
habiéndome herido; /
salí tras ti clamando,
y eras ido.

Sin duda alguna, el *Cántico espiritual* podría ser la historia de cualquier hombre que busca a Dios. Lo primero con lo que se encuentra el creyente en este rastreo espiritual es con la conciencia de una pérdida. Pero no de una pérdida definitiva porque el Dios sanjuanístico, que es el de todos nosotros, sólo se esconde a nuestros

sentidos, pero nos deja lo suficientemente heridos como para que añoremos su presencia y necesitemos invocarle mediante el clamor que nos ha producido su aparente desaparición.

Por eso, el camino espiritual siempre comienza por la pregunta y la búsqueda, siempre es la certeza de una ausencia lo que nos envía hacia el encuentro. No puede ser de otra forma. Nuestra amada, el alma, presa de la tristeza y la desesperación, se lanza hacia los seres creados que le hablan del origen:



Pastores, los que fuerdes /
allá por las majadas al otero, /
si por ventura vierdes /
aquel que yo más quiero, /
decíde que adolezco,
peno y muero.

La palabra está siempre presente como elemento mediador. El gemido primero, el clamor en un segundo momento, y la pregunta en tercero, señalan esa capacidad del hombre de articular sus emociones en forma verbal. También los pastores harán uso de ella para transmitir al Amado ese trío de sentimientos que el poeta ha sabido colocar en una perfecta gradación semántica de intensidad creciente. Sin duda alguna, san Juan de la Cruz es el maestro entre los maestros de esta articulación lírica, y su *Cántico*, una de las cumbres de la historia espi- ➔

➔ ritual de Occidente. La busca continúa para el alma, y el cosmos con su plenitud estética de flores y con sus temores producidos por las fieras no suponen, y no deben suponer, elementos que se interponen entre Dios y el hombre:



Buscando mis amores, /

Iré por esos montes
y riberas; /
ni cogeré las flores, /
ni temeré las fieras, /
y pasaré los fuertes
y fronteras.

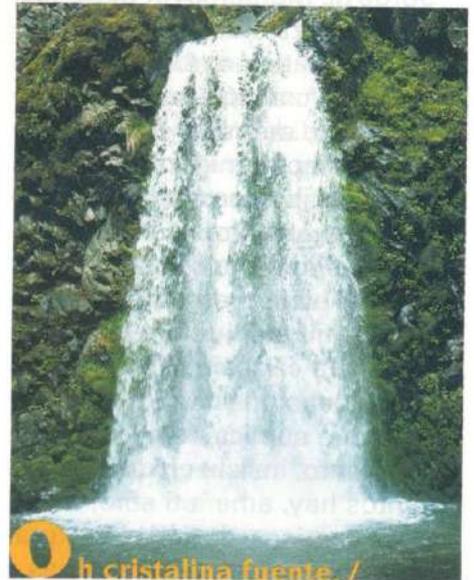
Los opuestos simbolizan la totalidad. Lo alto (montes) y lo bajo (riberas), lo bello (flores) y lo temible (fieras), las fuerzas externas (fuertes) y las limitaciones propias (fronteras) no dibujan un espacio en el que perder la finalidad de la búsqueda. El alma pasa por ellos sin permanecer. La transitoriedad es la característica de un ser que no se deja seducir por las formas más hermosas o más terribles, ni por las dificultades. Al fin y al cabo, lo que se busca está más allá de lo sensible. Por eso, los bosques y espesuras o el prado de verduras de flores esmaltado... sólo sirven para afirmar el paso del amado que "Mil gracias derramando, / pasó por estos sotos con presura, / e, yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de hermosura". La belleza del mundo es para el poeta un reflejo de la belleza del creador, y es esa belleza la que deja herida el alma, un espacio

en que la queja se hace grito emocionado, súplica encendida, oración extrema: "¡Ay, quién podrá sanarme! / Acaba de entregarte ya de vero; / no quieras enviarme / de hoy más ya mensajero, / que no saben decirme lo que quiero".

En la poesía de san Juan de la Cruz la naturaleza tiene un sentido esencial. Signo y señal del creador, su belleza hiere a quien la contempla. Es en este sentido, nuestro santo, un claro precursor de las actuales corrientes defensoras de lo ecológico en un mundo en que prevalece lo instrumental al servicio de las necesidades egocéntricas de un hombre que sigue creyéndose centro del cosmos. De aquí que san Juan pueda enseñar al hombre de nuestro tiempo que la contemplación hoy tiene más sentido que nunca y que, ante la armonía de "los mensajeros", podemos llegar a sentir ese silencio interior y esa incapacidad para la expresión que él plasmó sorprendentemente en ese tartamudeo que se ha convertido en paradigma magistral de lo lírico:

Y todos cuantos vagan /
de ti me van mil gracias
refiriendo,
y todos más me llagan, /
y déjame muriendo
un no sé qué /
que quedan balbuciendo.

No es extraño, por tanto, que el poema avance entre preguntas, "¿cómo perseveras, / ¡oh vida!, no viviendo donde vives(...)?", "¿por qué, pues has llagado / a questo corazón, no le sanaste?", que aunque formalmente responden a una interrogación, expresan una petición interior del santo, una oración en la que se suplica el encuentro, y que cobra forma de tal en las estrofas siguientes: "Apaga mis enojos, / pues que ninguno basta a desacellos...", "descubre tu presencia, / y máteme tu vista y hermosura...", hasta llegar al deseo absoluto donde se anuda todo el texto, que ha ido intensificándose progresivamente en forma y en contenido:



Oh cristalina fuente, /

si en esos tus semblantes
plateados /
formases de repente /
los ojos deseados /
que tengo en mis entrañas
dibujados!

Y es en el hiato significativo, en la fractura que se produce entre la estrofa anterior y los dos versos siguientes donde se esconde la experiencia íntima del encuentro entre el Amado y la amada, y donde se responde a la pregunta inicial con la que comenzaba el poema. El Amado está escondido en lo más interior del corazón de la amada, y desde allí se refleja en sus ojos.

Por eso ahora será ella quien suplique:

¡Apártalos, amado, /
que voy de vuelo!

Desde el agua de la fuente, donde el poeta mira su propio rostro y busca los ojos que siente dentro, hasta la ascensión que produce la contemplación, y que no puede ser resistida por penetrante, hay un infinito espacio y un dilatado tiempo que nunca podremos conocer, pero que tiene mucho que ver con lo que escritores de distintas corrientes espirituales y de distintas épocas han nombrado. Entre otros, el africano san **Agustín** (s. IV) se refirió a ello cuando animó: "No salgas fuera, regresa a ti mismo. En el interior del hombre habita la verdad", o el persa **Rumi** (s. XIII) cuando dijo que "no hay espacio para dos", o el nicaragüense **Ernesto Cardenal** (s. XX) al experimentar que "en el centro de nuestro ser no somos nosotros sino Otro". San Juan, por su parte, ha mirado su reflejo en el cristal de agua y lo que ha visto reflejado han sido los ojos del Amado, a quien le suplica ahora que se retire, por no poder resistir la intensidad de su mirada.

Después del encuentro y la fusión, no resulta extraño al lector del *Cántico* escuchar por primera vez la voz del Esposo, que alienta a la esposa, ya paloma-espíritu, a "volverse" (darse la vuelta o acabar de transformarse), porque "el ciervo vulnerado/ por el otero asoma / al aire de tu vuelo, y fresco toma". El amado es ciervo, ahora también "vulnerado" por la presencia de la amada.

Los versos siguientes son la declaración de amor más hermosa de la literatura universal; la más dulce y expresiva. En ella, sólo se escucha un vocativo que identifica, mediante la aposición, a "mi amado" con los paisajes más hermosos de la creación en una sucesión de imágenes visionarias, contempladas como a vista de pája- ➔

Debajo del manzano, /
allí conmigo fuiste
desposada; /
allí te di la mano, /
y fuiste reparada /
donde tu madre
fuera violada

SAN JUAN DE LA CRUZ



La tentación, Masolino da Panicale, 1424-1425, Iglesia del Carmine (Firencia).

→ ro, que hablan más del interior del alma que del exterior del mundo. El Amado es "las montañas, / los valles solitarios nemosos, / las ínsulas extrañas, / los ríos sonoros, / el silbo de los aires amorosos".

El matrimonio se ha realizado. Ahora "la noche sosegada / la soledad sonora" va a permitir a ambos esposos realizar el banquete nupcial, "la cena que recrea y enamora", que supone el alma en armonía. A partir de ahora, la amada describe el estado en que se encuentran, rodeados en su "lecho florido" por la protección de un círculo "de leones enlazado". La seguridad no puede ser mayor, ni su edificación de un material más delicado, la paz, al tiempo que el lugar es coronado metafóricamente por un puñado de estrellas, doradas como "escudos".

La amada va penetrando al lugar más interior donde bebe la esencia

naldas" de flores, a mirarse a los ojos y retozar con los cabellos que acaban atando al Amado como si de un lazo se tratase. No hay que olvidar que toda esta expresión de arrobamiento amoroso la refiere san Juan al alma en relación con Dios, aunque haya aprendido esta "estética del delirio" del Cantar de los Cantares, y sepa perfectamente cómo hay que hablar de las cosas del espíritu empleando como cauce las cosas del mundo. En este sentido, también a nuestra amada le asaltan los miedos de que algo perfecto pueda romperse. Por eso ordena que se alejen de ellos los peligros, "las raposas" que simbolizan todos los apetitos sensitivos, y el "cierzo muerto", viento frío procedente del norte. Mientras que anima al "austro" del sur, signo del espíritu que evita la sequedad interior de los amantes, a que se acerque expandiendo los olores de las flores que les rodean.

¡Qué descansada vida /
la del que huye
del mundanal ruido /
y sigue la escondida /
senda, por donde
han ido /
los pocos sabios que
en el mundo
han sido!

FRAY LUIS DE LEÓN



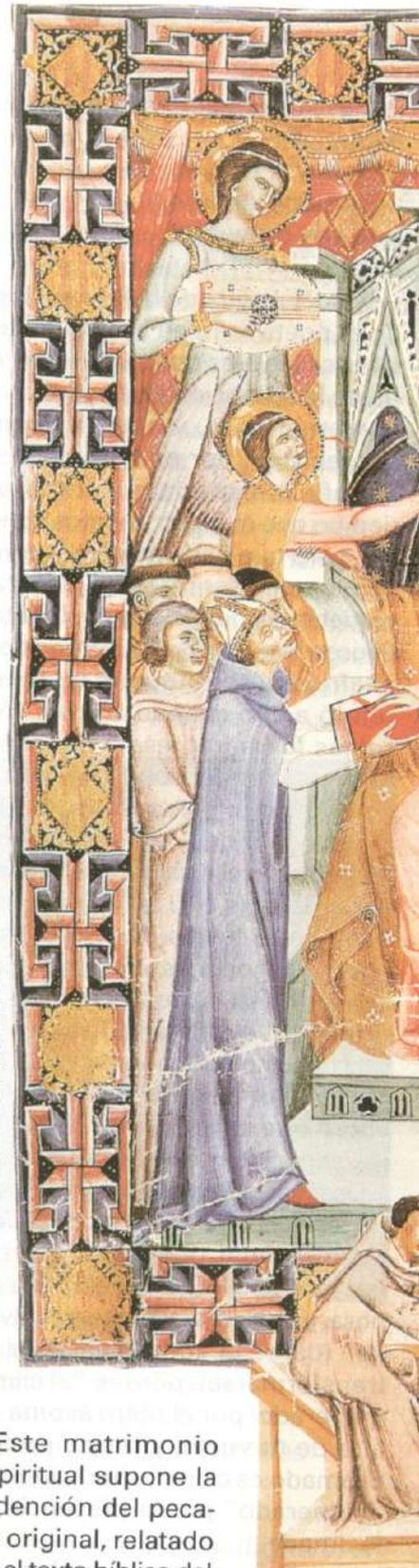
del amado: "En la interior bodega / de mi amado bebí...", donde va a aprender "ciencia muy sabrosa", y la ebriedad propia del estado espiritual superior hace que renuncie a los apegos sensitivos, expresados en el texto como el "ganado". A partir de ahora, reconoce que "ya sólo en amar es mi ejercicio".

Las estrofas que siguen reflejan a modo de jugueteo el estado reciente de enamoramiento que sienten todos los amantes. De aquí, que se dediquen a hacer "guir-

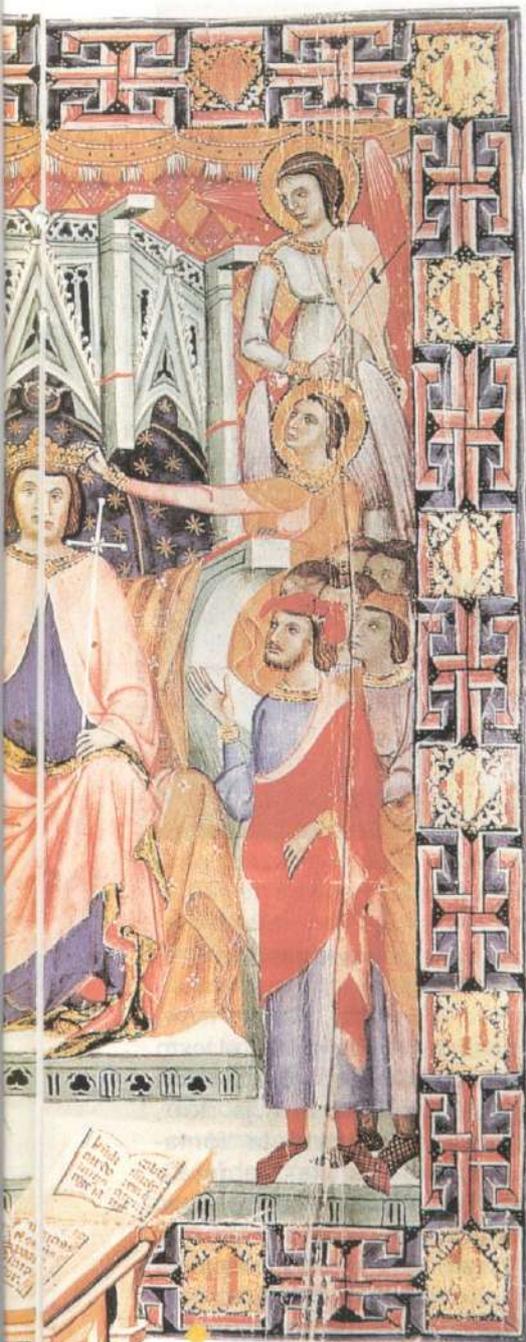
Así avanza el poema y de nuevo es el Esposo quien vuelve a tomar la palabra para declarar que la amada ya se encuentra en sus brazos y recordar el lugar donde la unión se ha consumado:

Debajo del manzano, /
allí conmigo
fuiste desposada; /
allí te di la mano, /
y fuiste reparada /
donde tu madre
fuera violada.

Jaime II con su corte en el reino de Mallorca, ilustración del s. XIV.



Este matrimonio espiritual supone la redención del pecado original, relatado en el texto bíblico del Génesis. Tras él, el Esposo invoca a los seres del cielo y de la tierra para que cesen su ira y dejen al alma descansar en paz. También ella, la esposa, invita a las seductoras ninfas de Judea a no manchar la pureza del alma con su sensualidad, mientras que el Esposo participa en un diálogo entre ambos que



Que no le enturbia
el pecho /
de los soberbios
grandes el estado, /
ni del dorado techo /
se admira, fabricado /
del sabio Moro,
en jaspes sustentado.

FRAY LUIS DE LEÓN

A quien busca las riquezas del espíritu y no las materiales, el mundo le habla en una lengua extranjera

avanza entre símbolos de las más diversas procedencias ("blanca palomica", "espesura", "subidas cavernas", "mosto de granadas", ...).

Será en la estrofa final donde la fortaleza de la entrega total se ha convertido en un muro inaccesible para el mal ("Aminadab tampoco parecía") y donde todas las pasiones, representadas por "la caballería", desaparecen ("a vista de las aguas descendía"). La fusión, por tanto, ha llegado a ser total, y el alma, esposa, y su Esposo, Dios, han consumado la unión total.

Es difícil decir tanto con tan pocos recursos. El *Cántico espiritual* reconcilia al hombre con la capacidad del lenguaje de hablar de lo inefable. Pero sólo un ser tocado por la gracia, como fue san Juan, pudo realizar el prodigio.

Elogio del silencio

En el mismo siglo en el que san Juan estaba escribiendo lo hacía otro gran creador de universos, fray **Luis de León**. Este agustino dejó para la posteridad su *Canción de la vida solitaria*, uno de los textos que mejor y más hermosamente han defendido el clásico sentido de la sabiduría, entendida siempre a la luz de Cristo. Según algunos autores, fray Luis desarrolla en él el deseo de retirarse para buscar "la paz y la liberación del espíritu".

Otros hablan de la recreación en nuestro poeta del tema del elogio de la vida en el campo procedente de Horacio. Sin embargo la "descansada vida" de fray Luis puede entenderse, según Ricardo Senabre, como el anhelo de "alcanzar la 'vida' del supremo goce de Dios, donde todas las vanidades mundanas han desaparecido". En esta línea, por tanto, este poema sería reflejo de la aspiración al encuentro místico, un lugar ya permanente en el interior del corazón, lleno de luz, en el que poder refugiarse y encontrar la "escondida senda", alejada del ruido del mundo:

¡Qué descansada vida /
la del que huye
del mundanal ruido /
y sigue la escondida /
senda, por donde han ido /
los pocos sabios que
en el mundo han sido!

En este sentido, nuestro escritor reniega de todos los bienes deseados socialmente: el poder, las riquezas, la fama, el lisonjeo... que son contrarios a la única verdad posible: la paz y el silencio interior. A quien busca las riquezas del espíritu, el mundo le habla en una lengua extranjera. No se puede olvidar, por otra parte, que fray Luis pertenecía profesionalmente al mundo universitario donde estas características mundanas eran bienes preciados y deseados, y cuya consecución provocaba terribles peleas entre sus miembros. Luchas de las que tampoco nuestro santo pudo verse del todo libre:

Que no le enturbia el pecho /
de los soberbios
grandes el estado, /
ni del dorado techo /
se admira, fabricado /
del sabio Moro,
en jaspes sustentado. /
No cura si la fama /
canta con voz
su nombre pregonera, /
ni cura si encarama

→ la lengua lisonjera /
lo que condena
la verdad sincera.

Por ello, fray Luis se pregunta por el sentido de hallarse en el centro de un universo que sólo produce en el hombre desazón interior:

¿Qué presta a mi contento, /
si soy del vano
dedo señalado; /
si, en busca deste viento, /
ando desalentado, /
con ansias vivas,
con mortal cuidado?

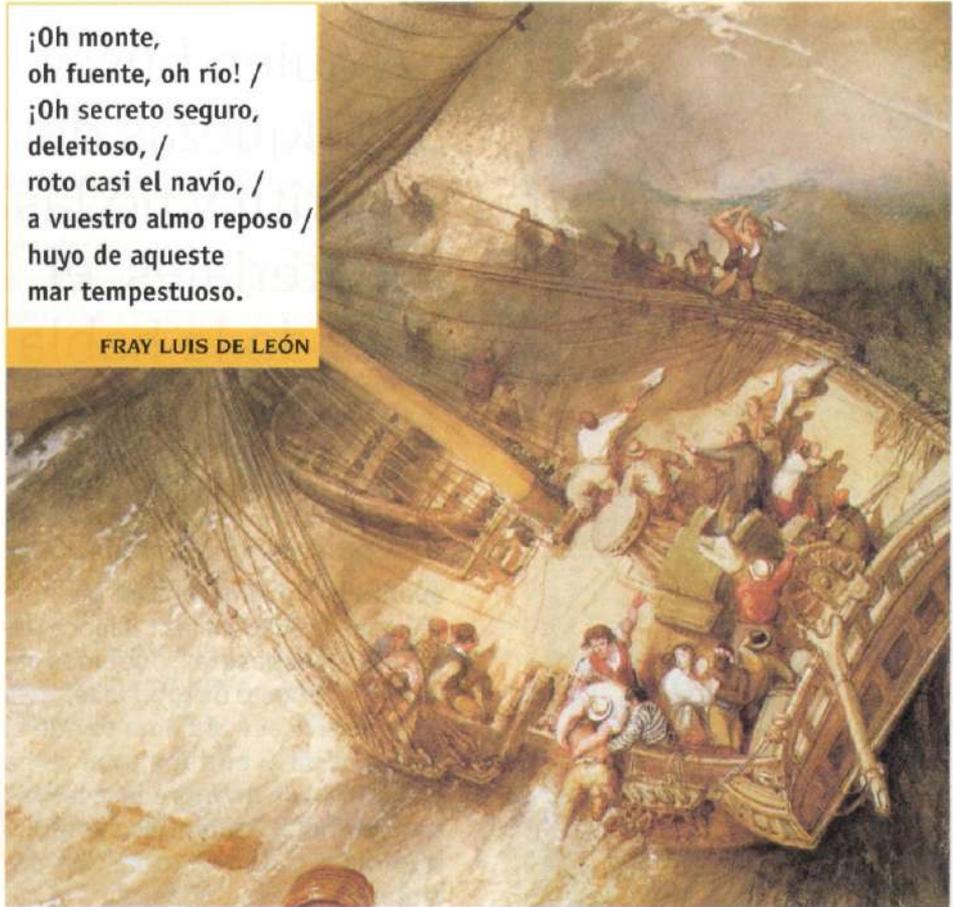
Y, sin embargo, clama deseoso por ese lugar al que el tópico histórico ha convertido en el *locus amoenus*, lugar ameno donde se encuentran la montaña (espacio de encuentro con Dios en distintas tradiciones), el agua y la fuente (símbolos de pureza y gracia), que hablan de una realidad interior de quien ha alcanzado una verdad que excede con mucho a lo material. Este último aspecto aparece convertido en la metáfora del "mar tempestuoso", que ha conseguido romper "casi el navío". El hombre que llega a la convicción de esta verdad, viene del mundo tras haber tenido que batallar con las olas de ese mar-vida embravecida, y por ello, describe su cansancio como un navío a punto de romperse ante la tormenta:

¡Oh monte, oh fuente,
oh río! /
¡Oh secreto seguro,
deleitoso, /
roto casi el navío, /
a vuestro almo reposo /
huyo de aqueste
mar tempestuoso.

El deseo, por tanto, es el descanso. Pero no un descanso físico, a pesar de que el escritor pida la paz de un sueño sin interrupción ("un no rotpido sueño"). Es otra cosa lo que el agustino está pidiendo. Incluso más allá de lo puramen-

¡Oh monte,
oh fuente, oh río! /
¡Oh secreto seguro,
deleitoso, /
roto casi el navío, /
a vuestro almo reposo /
huyo de aqueste
mar tempestuoso.

FRAY LUIS DE LEÓN



Puede parecer
extraño pedir
a la vida que
deje a la muerte
consoladora
cumplir
su función

te paisajístico, que siempre se ha concretado en la finca salmantina de La Flecha, y que él representa en el texto con las aves, el canto ("despiértenme las aves / con su cantar sabroso no aprendido"), o el silencio..., hay en su ruego un deseo de ruptura con una realidad interior que le impide comulgar con la Verdad:

Vivir quiero conmigo; /
gozar quiero del bien
que debo al cielo, /
a solas, sin testigo, /

libre de amor,
de celo, /
de odio, de esperanzas,
de recelo.

A partir de este momento, el texto discurre a través de la descripción física del lugar. El "huerto", la "flor", el "fruto", la "cumbre", la "fontana", los "árboles", la "verdura", el "aire"..., dibujan un paisaje que ya conocían los clásicos, y que fray Luis posiblemente experimente de un modo habitual y en directo en La Flecha, pero que también puede hablar simbólicamente de la riqueza interior del espíritu del que ha roto ya sus ataduras con los deseos mundanos. Por ello, fray Luis, avanzado el texto, afirma que frente al fuego que consume a otros, él permanece atento a la música de las esferas:

Y mientras miserable- /
mente se están los otros
abrasando /
con sed insaciable /
del peligroso mando, /
tendido yo
a la sombra esté cantando. /

A la sombra tendido, /
de hiedra y lauro
eterno coronado, /
puesto el atento oído /
al son dulce, acordado, /
del plectro sabiamente
meneado.

Un sonido eterno que expresa la armonía de un universo en el que al hombre le basta con estar a la escucha.

La espera

El siglo XVI es, sin duda, un punto de inflexión en la poesía lírica religiosa. Y entre los escritores que la cultivaron hay necesariamente que hacer una parada en santa **Teresa de Jesús** (1515-1582), quien glosa a lo divino algunas de las cancioncillas populares que circulaban en su tiempo. Entre ellas, es especialmente significativa la letrilla con la que encabeza uno de sus *Villancicos*, la célebre *Vivo sin vivir en mí...*, en la que se expresa con gran intensidad, e imaginación desbordada, como ha dicho García de la Concha, la contradicción de quien espera la "Vida" con mayúsculas entre las contradicciones de la "vida", con minúsculas. Ella misma, la Santa, ha referido esta dificultad en la expresión de lo sublime en su "Vida" al afirmar: "El cómo es esta que llaman unión y lo que es, yo no lo sé dar a entender. En la mística teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma u espíritu tampoco (...). Lo que yo preten-

do declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión". Lo cierto es que el rostro de Dios que nos ofrece Teresa de Jesús es muy hermoso, ya que hace que la muerte por amor sea, paradójicamente, la verdadera forma de vivir:

*Vivo sin vivir en mí, /
Y tan alta vida espero, /
Que muero porque no muero. /
Vivo ya fuera de mí, /
después que muero
de amor, /
porque vivo en el Señor, /
que me quiso para sí; /
cuando el corazón le di
puso en mí este letrado: /
"Que muero porque no muero".*

Éste es uno de los textos en los que mejor se expresa la necesidad que tienen los místicos de acudir a la contradicción para hablar de realidades inefables. En este sen-

tido, santa Teresa es un paradigma del uso que esta figura lógica tiene para referir el propio estado interior de quien experimenta a Dios, y a partir de entonces vive la vida como una cárcel:

*Esta divina unión, /
y el amor con que yo vivo, /
hace a mi Dios
mi cautivo /
y libre mi corazón; /
y causa en mí tal pasión /
ver a mi Dios prisionero, /
que muero porque no muero.*

De aquí derivan las quejas de quien desea un pronto desprendimiento de "esta vida", "estos destierros", "esta cárcel", "estos hierros":

*¡Ay, qué larga es esta vida! /
¡Qué duros estos destierros, /
esta cárcel y estos hierros /
en que está el alma metida! /
Sólo esperar la salida /
me causa un dolor tan fiero, /
que muero porque no muero.*

Desde luego, en una sociedad predominantemente laica y secularizada como la actual, puede resultar extraño para un lector que se acerque a santa Teresa escuchar de su pluma la petición a la vida de que deje de ser molesta y permita a la muerte consoladora cumplir su función.

*Acaba ya de dejarme, /
vida, no me seas molesta; /
porque muriendo,
¿qué resta, /
sino vivir y gozarme? /
No dejes de consolarme, /
muerte, que ansí
te requiero: /
que muero porque no muero.*

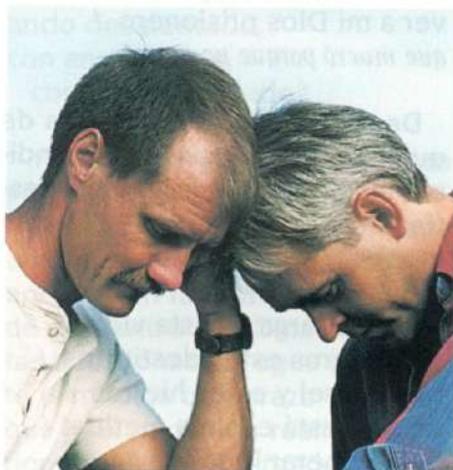
Es sorprendente y envidiable comprender con tanta certidumbre que la vida no es más que una estación de aprendizaje para la vida verdadera, que para cualquier creyente está al lado del Se- ➔



El éxtasis de Santa Teresa (détalle), Bernini, 1647-1652, iglesia de Santa María de la Victoria (Roma).

➔ ñor. Sin duda alguna, santa Teresa nos ofrece un rostro esperanzado de ambas, y nos sigue recordando cuál es el lugar y el tiempo del hombre, siempre de paso en esta tierra.

BARROCO



El arrepentimiento

Todos hemos escuchado en nuestra infancia uno de los poemas religiosos más conocidos de **Lope de Vega** (1562-1635). Es un precioso texto lleno de ternura, que muestra el doble rostro del hombre. Un hombre que percibe que Dios nos busca con mucha más intensidad de la que podemos imaginar, pero que, inconsciente, vuelve el rostro hacia otro lado. Antes o después percibirá con madurez esa persecución luminosa y se preguntará:

¿Qué tengo yo,
que mi amistad procuras? /
¿Qué interés
se te sigue,
Jesús mío, /
que a mi puerta
cubierto de rocío /
pasas las noches
del invierno oscuras?

El Jesús que nos muestra Lope de Vega es "amigo" muy cercano y querido por el escritor, quien llamándole "Jesús mío" lo acerca hacia el centro de su corazón. Aquí radica esa ternura infinita que sigue desprendiendo la estrofa inicial del poema, y que todavía sigue diciendo al hombre actual que el Dios encarnado que vino a salvarnos es capaz de pasar todas las penalidades posibles con tal de rescatarnos de lo limitado de nuestra humanidad. Esta estrofa, magnífica y conmovedora, también nos habla de un hombre desconcertado. Se trata de un ser humano que no comprende el alcance del amor de Jesús, que es capaz de estar noche tras noche pasando frío a nuestra puerta. Pero el poema también habla de la evolución interior de este hombre, a quien impresionaba tanto el sufrimiento de Jesús, que acaba entendiendo y solventando, por la vía del amor, su ingratitud y su rechazo:

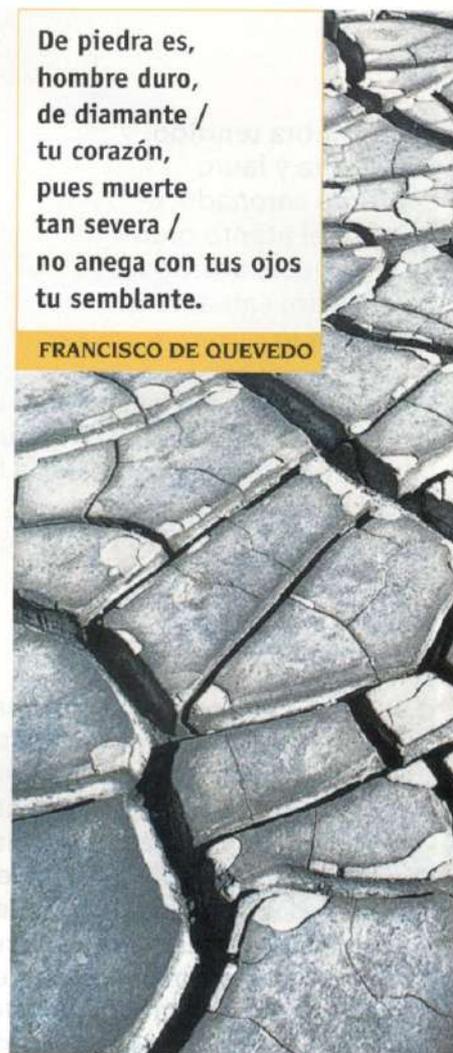
¡Oh cuánto fueron
mis entrañas duras, /
pues no te abrí!
¡Qué extraño desvarío, /
si de mi ingratitud el hielo frío /
secó las llagas
de tus plantas puras!

El poeta confiesa su culpa en voz alta. Sabe perfectamente que Dios le está buscando, y sabe que tras esa llamada hay un gran Amor esperando a la puerta. ¿No somos todos un poco ese poeta cada día con nuestras ausencias y nuestra sordera consciente?:

¡Cuántas veces
Ángel me decía: /
"Alma, asómate
ahora a la ventana, /
verás con cuánto
amor llamar porfía"! /
¡Y cuántas, hermosura soberana, /
"Mañana le abriremos",
respondía, /
para lo mismo
responder mañana!

De piedra es,
hombre duro,
de diamante /
tu corazón,
pues muerte
tan severa /
no anega con tus ojos
tu semblante.

FRANCISCO DE QUEVEDO



Quizá sea ésta la razón de que este poema nos siga impresionando y conmoviendo tanto. En él estamos todos. Todos somos el sujeto lírico de este llanto hecho palabra. Al final, entre todas las cosas y las actividades en las que andamos enredados cada día, a Dios lo recluimos a un pequeño rincón, del que nos ocupamos al final del día.

Lope de Vega consigue, así, que su poesía sea canto universal que siga hablando al hombre de cada época, puesto que, en el fondo, habla del hombre de todo tiempo, frágil y extremadamente humano. Un hombre que entre sus versos no aparece lleno de culpa, sino que emana una tristeza infinita cercana al arrepentimiento de quien no está seguro de no volver a hacer lo mismo cada día. El arrepentimiento que muestra Lope de Vega tiene mucho de conciencia de la arcilla que a todos nos constituye. También refleja el amor de



un ser humano que llora por abandonar al frío lo que más ama. Esa dualidad y su percepción, sin duda alguna, es la fuerza que da alas para vencer la pereza que impide apostar todo por ese Amado.

La insensibilidad

Más dura es la postura de **Francisco de Quevedo** (1580-1645) en relación con la incapacidad de respuesta del hombre ante la muerte de Cristo. En su soneto sacro titulado *En la muerte de Cristo, contra la dureza del corazón del hombre* acusa a ese hombre de indiferencia ante la muerte del hijo de Dios.

El poema comienza con una estrofa en la que se fusiona la descripción del paisaje exterior con el estado del propio corazón del escritor. Un recurso lírico empleado magistralmente por uno de los me-

jores poetas de todos los tiempos, más conocido, por desgracia, hoy entre los lectores por sus textos satíricos que por sus reflexiones morales y religiosas. La noche que se derrama por el "cerco de la lumbre pura" simboliza el momento de oscuridad que coincide con la muerte de Jesús y que magistralmente es narrado por **Lucas** (23, 44-45): "Era ya eso de mediodía cuando se oscureció el sol, y toda la región quedó en tinieblas hasta la media tarde". La oscuridad en Quevedo es, por tanto, exterior e interior. El sol se oscurece por la muerte, así como el fuego lo hace por las lágrimas que derrama el poeta:

Pues hoy derrama
noche el sentimiento /
por todo el cerco de
la lumbre pura, /
y amortecido el sol
en sombra oscura, /
da lágrimas al fuego
y voz al viento.

Quevedo describe los signos físicos que acompañan a la muerte de Jesús y los de su Resurrección. Una lápida abierta. Una roca fragmentada por el poder de la luz que se levanta de las tinieblas. Pero el poder de la Resurrección no sólo derriba la piedra, sino que es capaz de fragmentar lo más duro de lo duro: el monte:

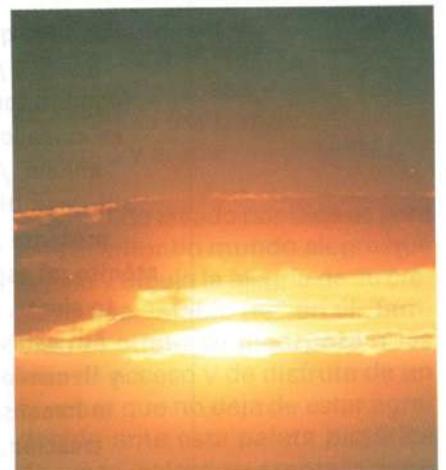
Pues de la muerte
el negro encerramiento /
descubre con temblor
la sepultura, /
y el monte,
que embaraza la llanura /
del mar cercano,
se divide atento.

Más esa resistencia que se vuelve blanda ante la vida contenida en la Resurrección, no tiene su paralelo en el corazón del hombre. El hombre a quien apunta este poema de Quevedo no ha sido capaz ni de llorar ante la muerte de Jesús. Es un

hombre con un corazón duro como lo más duro, la piedra y el diamante. Pero es incluso más duro que ellos, puesto que la piedra-monte ha sido capaz de vulnerar su dureza ante la luz y, sin embargo, el hombre no lo ha sido ante el dolor.

De piedra es, hombre duro,
de diamante /
tu corazón, pues muerte
tan severa /
no anega con tus ojos
tu semblante. /
Mas no es de piedra,
no, que si lo fuera, /
de lástima de ver
a Dios amante, /
entre las otras piedras
se rompiera.

Este soneto de Quevedo, desesperanzado, nos habla de la parte más oscura del hombre. Un hombre menos humano incluso que los elementos de la naturaleza, quienes logran dejar de ser lo que les constituye en su esencia. Sin embargo, ante el sufrimiento del Dios amante, el hombre no cede un ápice en su inhumanidad. ♦



Pues hoy derrama noche
el sentimiento /
por todo el cerco de la lumbre
pura, / y amortecido el sol
en sombra oscura, / da lágrimas
al fuego y voz al viento.

FRANCISCO DE QUEVEDO